

El Eco de Cartagena



DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

SEGUNDA EPOCA

Notas de actualidad

El ministro de Hacienda, señor Calbetón, tiene ya terminado, según dice, el presupuesto de ingresos, hallándose ahora en plena confección del de gastos el cual, como es de rigor, habrá de subordinarse a los presupuestos de los distintos departamentos que van remitiéndole los ministros.

Para que los propósitos concretos del gobierno en cuanto al presupuesto de gastos, son aceptar en principio el del señor González Besada, suprimiendo algunas partidas e introduciendo las mayores economías posibles mediante la reducción o supresión de servicios que no resulten útiles o convenientes en la práctica.

En cuanto a los ingresos, el plan del gobierno difiere substancialmente del que presentó el señor González Besada. Se prescinde de toda reforma tributaria, y para enjugar en lo posible el déficit del presupuesto, se propondrá el recargo de una décima en todas las contribuciones e impuestos actuales.

En cuanto a los monopolios, se aumentará en un 50 por 100 los precios de las cerillas, y se elevarán también, en la medida que lo consentan las condiciones del mercado, los precios de las labores de tabacos.

Esta solución resulta, a juicio del gobierno, la más viable y no prejuzga nada en materia tributaria, dejando el campo libre para que, una vez liquidada la guerra y resuelto el problema de la autonomía, pueda afrontar de una vez el gobierno que cuente con unas Cortes propias, el problema de la reforma general del sistema tributario.

El peligro de que con la conclusión de la guerra coincidiera una salida del capital español hacia inversiones más productivas en el extranjero, es ya un hecho consumado, a juzgar por lo que cuentan las revistas financieras.

La emigración ha tomado tres formas principales:

Primera. La compra en firme, con miras especulativas de moneda extranjera, principalmente libras esterlinas. La cifra invertida en estas operaciones seguramente excede de cien millones.

Segunda. Suscripciones al empréstito francés. Es difícil precisar la cantidad de dinero español que ha ido a esa suscripción pero hemos hecho algunas indagaciones cerca de los principales establecimientos de crédito de Madrid y sabemos que aún los más modestos han recibido orden de su clientela para acudir a ese empréstito por valor de más de diez millones de pesetas. El total suscrito por Madrid quizás pase de los cien millones.

Tercera. Compra de valores industriales extranjeros, principalmente de Norte-América.

Otra revista juzga ese afán emigratorio en los siguientes términos de prudencia:

«No deben dejarse seducir de pasadito ligeramente nuestros capitalistas por el señuelo de más altas remuneraciones en el extranjero, porque todo es siempre circunstancial y correlativo. Las duras lecciones recibidas por el capital en Méjico y en Rusia y en otros valores que no son de Méjico ni de Rusia, justifican sobradamente las normas de prudencia que aconsejamos al capital español.

No están las cosas tan claras ni tan seguras por esos mundos para que á tonos o á locas se lancen las inversiones en busca de un mayor margen de interés, siempre relativamente pequeño. Nuestra síntesis de juicio, por ahora y aún acaso por bastante tiempo es esta: Vale más un 5 por 100 en casa que un 8 por 100 fuera de casa.»

Ampliaciones a plasas de una poesía semanal

Lo más bonito, lo más exacto, lo más elegante. Garantizada su exactitud, bondad y esmero. Marco original y de extraordinaria vista.

CASAU—Fotógrafo
QUINA, 3-CARTAGENA

De Sociedad

Los que viajan
Procedente de Sevilla y acompañado de su distinguida esposa ha llegado a ésta el rico propietario de aquella ciudad don Rafael Quiñones Maestro.

En el Gran Hotel
En el té de ayer tarde se reunió en el Gran Hotel gran número de personas, dominando el sexo masculino y entre estos los jóvenes marinos que vienen en los buques de guerra surtos en nuestro puerto.

De las señoras recordamos a las de Sánchez Doménech (D. Juan), Navia Osorio, Aguirre (D. O.), Torres, Maceres, Aragonés, Terry, Tamayo y Calderón.

Entre las señoritas vimos a las de Aguirre, Navarro, Torres, Sánchez Doménech, Maceres, Calderón, Terry, Tamayo, Rodríguez Beliza, Cantó y Casola.

El cuarteto que dirige el maestro López de Tervel amenizó, como de costumbre, el seto.

Enfermos
Se encuentra enfermo el Agente de Aduanas de esta plaza don Miguel Blázquez.

También guarda cama nuestro amigo el comerciante de esta plaza don Federico Ródenas Almela.

Se encuentra restablecido en su enfermedad el general Excmo. señor don Francisco Barrera.

Letras de luto
Esta mañana se ha celebrado en la iglesia parroquial del Sagrado Corazón de Jesús un funeral en sufragio del alma de la señorita Anita García Sánchez asistiendo al acto gran número de familias amigas de la de la finada. A toda a familia reiteramos nuestro más sentido pésame.

Hay que vivir en vela

Dios nos habla a todas horas con suavísimos acentos, nos habla como a hurtadillas, nos habla como en secreto... mas andamos distraídos y escucharle no sabemos. Hay que vivir de rodillas hay que vivir en silencio, de esas palabras tan dulces, de esas avivir tan tiernos; hay que vivir siempre en vela, puesta la mano en el pecho, siempre abiertos los ojos y los párpados abiertos; hay que despertar al ángel que todos llevamos dentro, mientras la bestia se rinde vencida del torpe sueño.

Todo es amor, todo es vida, todo es altar, todo es templo... Dios camina por el mundo, recorre nuestros senderos, se alberga en nuestros hogares, vive en nuestros aposentos y en la sombra de la noche se acerca hasta nuestros lechos...

RIUARDO LEON.

GRAN HOTEL
SALON DE FIESTAS
TES DE MODA con CONCIERTO
todos los viernes de 5 a 8
SALON RESTAURANT
Abierto de 12 a 2 y de 3 a 10
Almuerzos, 3'50—Comidas, 4 pesetas
Ostras del Cantábrico: 2 pesetas docena
(No se sirven comidas a domicilio)

JUNTA
de Protección a la Infancia
Número premiado hoy
177

¡Setenta crímenes sociales!

En la Prensa de Barcelona leemos una noticia que se presta a serias reflexiones y que debe ser toque de despertar para la dormida conciencia nacional.

Al finalizar el año 1918, varias poderosas razones sociales y muchos modestos patronos industriales han acordado liquidar los negocios a que hasta ahora se han dedicado, y van a cerrar o han cerrado ya sus fábricas y talleres.

¿Razones de esta gravísima determinación? Puede el lector suponerlas: la insostenible situación que se les ha creado por un terrorismo brutal que hace imposible, no ya el progreso de las industrias, sino la propia vida de los que a la industria han llevado sus capitales.

Es la estadística del año feñecido, prueba vergonzosa de lo que decimos y argumento poderosísimo en que se apoyan los que, al cerrar la puerta de sus talleres, cierran también la del pan de miles y miles de infelices esposas y de inocentes peñueños.

Ayer eran las huelgas, cada mes repetidas, las que anunciaban la catástrofe económica que desde hace años viene amenazando a los grandes centros fabriles, y son hoy los asesinatos individuales quienes la consuman.

¡Más de setenta atentados sangrientos se han perpetrado en Barcelona en el año 1918! No vamos a floriar hipócritamente sobre las tumbas de los patronos muertos, ni queremos dejarnos llevar de un sentimentalismo mal entendido, que pudiera erróneamente interpretarse como adhesión incondicional a la causa que aquellos representaban. Sabemos del mundo social y vivimos demasiado cerca de las masas obreras para que desconozcamos cuán implacemente se las explota y con qué estorbia frialdad de corazón comercia con sus sudores el capitalismo.

Pero ¿es el puñal, acaso, una razón? Cristo dijo: «Amaos los unos a los otros». Vestid con el ropaje que queráis estas palabras, que tanto dicen caridad como justicia, porque son mandato de amor y son mandato de los deberes que el amor impone. Llamadlo, como nosotros los cristianos, precepto divino, o apellidado, si teméis al nombre, programa de humanidad. O es la solución, o no hay solución en el mundo para los problemas sociales.

Y para amarse precisa conocerse, y para conocerse es necesario el trato, la aproximación; esa aproximación y ese trato, que más o menos recelosamente llegó siempre, nunca de buena nueva, la víspera del día en que todos los graves conflictos obreros terminaron.

Pero cuando los elementos que constituyen no saben hablar sino por la boca de la normalidad se ha de desandar un camino manchado de sangre, y donde debió florecer la rama de olivo se levanta una muralla de cadáveres, no es posible pensar en soluciones algunas, porque ya allí no hay sitio ni para la caridad ni para la justicia: lo llena todo la venganza.

Los muertos y lo puñales son dos seres inanimados que no pueden discutir. No puede haber allí más vida que la del negro bultito del odio, que tiene su alimento en las piltrafas de todas las ruinas.

¡Setenta crímenes sociales en un año y en una sola capital como Barcelona!

Graves son los hechos en sí pero es más grave todavía y más inquietante la impotencia de la justicia para aplicar su sanción a los culpables por los procedimientos que prescriben nuestras leyes: o no se da con los criminales cuando se les busca, o si se les encuentra y procesa, el Jurado les absuelve por miedo de que sus miembros corran peligro de muerte si formula veredicto condenatorio.

A los criminales se responde con la impunidad, y a la impunidad se responde con nuevos crímenes.

Y la autoridad se eclipsa, y el orden social se trastorna, y la justicia naufraga, y la tranquilidad pública desaparece, y la esperanza de los ciudadanos que reclaman defensa para sus vidas y para sus intereses se disipa en un ambiente de cobardía y debilidad, que es el más favorable a la acollmatación y desarrollo de la delincuencia.

¿Es posible que las cosas continúen así? La vida de incesante protesta que vivimos, la alarma continua que nos inquieta, el interrogante que la duda social ha trazado con negros caracteres en el horizonte de todos los intereses, contesta por nosotros.

¿Qué haremos, qué debemos hacer para que las cosas no continúen así? Estas palabras, que tan pronto se escriben y más presto se dicen enjerran nada menos que todo el problema social; y por eso llenan de amargura nuestra alma las noticias que en la Prensa leemos sobre la conducta de los patronos, y los consejos que en los mismos periódicos se les da.

Los patronos de Cataluña se han dirigido al Gobierno pidiendo que el Poder público intervenga y ponga coto a los desenfrenos y agresividad de los obreros revoltosos. Está bien. Ya sabemos a lo que en España se llama poner coto a la voracidad: es darle carnaza a la fiera. Unos billetes de Banco para los caudillos radicales han bastado muchas veces en Barcelona para calmar pasiones.

Pero, ¿es esta solución? ¿Lo será nunca para ningún serio problema el compadrazgo y la venalidad?

Y son los patronos mismos quienes piden al Gobierno que castigue con mano dura a los obreros, y es la Prensa la que unánimemente viene estos días convertida en apóstol de la energía y de la virilidad ciudadana.

«Es preciso dicen los primeros — que no deje el Poder público ni un solo crimen sin castigo.» «Es necesario — dice la segunda — que una leyeción de valor cívico visitie la conciencia pública y que los jurados se sientan hombres para que no quede impune ni uno solo de estos vergonzosos delitos.»

Está bien. Que obren como deben los gobernantes y que no quede un solo crimen sin que se ignore el delincente; que obren como deben los jurados y que no quede ante la justicia ningún delincuente sin castigo. Habremos resuelto un problema de gobierno y un problema de ciudadanía, es cierto; pero habremos resuelto el problema social?

Se han cometido setenta crímenes sociales; suponed ya a las setenta cabezas colgadas del patíbulo o encerradas entre las rejas una la cárcel; ¿qué por eso los ocho o diez millones de obreros que llenan nuestras fábricas y cavan nuestros campos, habrían puesto punto final a sus reivindicaciones? Y si el miedo acallara sus voces, ¿qué horror no causaría adivinar a través de sus miradas de odio silencioso con qué satánicas ferocidad estarían esperando la llegada del día de su venganza? A la luz de las antorchas funerarias del zarismo y de las teas de la revolución de Rusia, podemos aprehender la lección.

Una cosa es la justicia común que debe castigar a quien delinca, vista levida de aristócrata o bina de trabajador, y otra muy distinta la cuestión social.

¿Degradada la doctrina que fía a la fuerza la terminación de los conflictos sociales, y menguada la escuela que busca su solución en las páginas elegantes del libro de la ciudadanía o en la sencillez de los reguleyistas de nuestro Código de Enjuiciamiento criminal!

¿Dónde está la solución de este magno problema social que conmueve las instituciones todas y que amenaza con matar a las naciones mismas en que se plantan? ¿Dónde la medicina salvadora de la humanidad?

Son muchas las cuestiones escritas y poco el espacio de que disponemos. Espera, lector, la continuación.

“Hay que ganar la paz”

DICE WILSON

Ha sido el «leitmotiv» de los recientes discursos de Wilson. Que en todos los oídos penetre, que en todas las conciencias resuene, que en todos los corazones vibre esa frase esencial de la nueva oratoria wilsoniana.

Ganada la guerra, hay que ganar la paz.

¿Cómo? Venciendo a los malos instintos, a los malos sentimientos, a las malas pasiones, que en el campo de la victoria y con la seguridad del poder, de la fuerza, de la impunidad, tienden a manifestarse en toda su fealdad y máxima virulencia.

Y Wilson — así nos va pareciendo, sin que todavía se hayan disipado por completo nuestros recelos, justificados — se propone alcanzar ese triunfo moral sobre sus aliados, mostrándose, él, escuñime, justiciero, paternal, en el pleito candente entre vencedores y vencidos, y obligando, en su osso, a los vencedores a moderar sus exigencias.

La frase «ganar la paz» en boca de Wilson, o significa tal propósito de determinar por buenas o malas, las condiciones de una paz basada en los principios de justicia o no tiene sentido. Y esto último ya no es creíble, desde que el presidente yanqui ha afirmado solemnemente que su viaje a Europa, saliendo por encima de escrúpulos constitucionales, ha respondido a su deseo, que es también el de la inmensa mayoría de su pueblo, de influir directamente y personalmente para que prevalezcan sus puntos de vista en las conferencias sobre la paz.

También es un acto muy significativo en este sentido la visita hecha por Wilson al Vaticano. ¿Por qué? Porque el presidente yanqui quiere ampararse en el poder espiritual del Papado, a fin de recabar para su ideal prestigio de la más alta espiritualidad que las gentes se muestran reacias en otorgarle, bajo la sola garantía de la afirmación wilsoniana. Se recordará que Su Santidad Benedicto XV se anticipó a Wilson en la anunciación de un programa de paz, a base de la igualdad de derechos entre los pueblos de la libertad de los mares y de una Liga internacional que decidiera por arbitraje los litigios entre Estados y sancionara con fuerza ejecutiva sus acuerdos. La coincidencia, por tanto, en la concepción abstracta de los problemas mundiales pendientes, es perfecta entre el Sumo Pontífice de la Cristiandad y el representante de una de las potencias más grandes y fuertes de la tierra. Y una acción conjunta de la potestad espiritual y del poder material personificado en Wilson, tendría grandes probabilidades de éxito en sus objetivos de paz y justicia. Por eso, en la visita de Wilson a Su Santidad Benedicto XV culminó el programa que para el mundo entero «ofrecen» las andanzas y las declaraciones del presidente norteamericano.

Creemos que allí desenvolvería diáfana y ampliamente Mr. Wilson su pensamiento. En los discursos que va pronunciando en su pasado triunfal, adviértese una cierta gradación en el relieve y el matiz que imprime a su idea capital sobre la paz deseable.

En su último discurso, pronunciado en el Guibali, de Londres, hay una frase más expresiva que todas sus anteriores declaraciones; es esta: «Los pueblos desean la paz, no por conquista, sino por mutuo acuerdo.» Y resalta su extraordinaria importancia añadida: «este objetivo de inagotable grandeza, me hizo venir desde Ultramar.»

Es seguro que Wilson tropieza en la ejecución de su plan con grandes resistencias por parte de sus asociados, encerrados, no con idealidades, sino con los realismos de la victoria, del reparto de la presa, de las indemnizaciones sin límite, de la extrárgulación del odiado enemigo. Y, por el contrario, en el Vaticano hallaría el ambiente propicio, ambiente sereno, ambiente de justicia y de amor para todos los pueblos, y en las palabras de Su Santidad el Papa, la más alta y pura, tendría una feliz expresión y alentaría y confortaría a Wilson para proseguir su obra humanitaria en pro de la paz universal, «ganada por la justicia», ortodoxamente interpretada y aplicada.

Ramón de Olasoaga.